

# Aprender lento para olvidar despacio... mañana, sí

Por la mañana –una cualquiera– temprano...

Mientras tranquila en el andén espera el metro le suena el móvil, es la primera llamada del día y, como casi siempre hace desde que incomprensiblemente ha hipotecado absurdamente su joven vida, de nuevo una vez más se limita a mirar la pantalla con la finalidad de identificar al emisor y, de nuevo, una vez más sin contestar, pulsa el botón de apagado y con mecánicos movimientos mil veces repetidos lo guarda en el pequeño bolsillo de sus ajustados vaqueros.

Desde hace ya mucho, éste –como cualquier otro– piensa, es un buen momento, tan bueno como cualquier otro, para realizar cambios: para empezar, con un cambio de teléfono, aunque el que ahora tiene le gusta ya le ha acompañado suficiente tiempo y sido testigo de demasiadas conversaciones clandestinas; para seguir, con el cambio del número, todavía probablemente conservado en la memoria por viejos colegas de otras épocas relegadas al olvido, de los que no son precisamente buenos todos los recuerdos y que, por lo que pueda pasar, sin ninguna duda es mejor estar segura que dejan de tenerlo disponible; y por último, sobre todo, es el momento de cambiar definitivamente alguna otra cosa, aunque innegablemente mucho más apremiante, desgraciadamente no tan fácil de cambiar.

Sale del metro y pronto, apenas faltan quinientos metros, llegará tras saludar sonriente al uniformado vigilante y subir cuatro plantas, a la pequeña pero luminosa y aprovechada oficina del edificio propiedad del Ayuntamiento donde está temporalmente ubicada la empresa de formación de apenas dos años de antigüedad y en la que, casi sin darse cuenta, ya lleva un año y medio realizando eficientemente múltiples tareas, sin eludir nunca ninguna, bajo la impactante leyenda “*Responsable del departamento de gestión de formación*” impresa en una tarjeta con su eufónico nombre completo –por el que por el que nadie la conoce– a cambio de un ajustado,

que no justo, sueldo que para describirlo desde el primer día le sigue bastando la misma sola palabra de su cada vez más extenso vocabulario, y para gastarlo no más de medio mes siendo austera. Como otros días no sabe con certeza si cuando llegue habrá alguien o estará sola; le parece recordar, sin estar segura de si sería por la mañana o por la tarde, que ayer al despedirse su jefe le dijo que hoy tenía una importante reunión comercial y que de acudir lo haría cuando ésta terminase.

Abre la oficina y, como todos los días antes de nada, lo primero que hace es encender su ordenador, su inmanente amada herramienta de trabajo, instrumento con el que se entiende a la perfección –nada ni nadie se le resiste cuando se lo propone en cuanto a entenderse a la perfección– como por otro lado es lo común y habitual en todos los jóvenes de su generación; es un aparato nuevo y sustituye a uno obsoleto tras múltiples agonías por fin ya fenecido, es la más reciente y obviamente a la vez última adquisición de inmovilizado que inesperadas y forzosas circunstancias han obligado a realizar en la empresa, con exigencia de cierto esfuerzo inversor del que aunque no lo manifieste es consciente, pocas son las cosas que se le escapan y de las que no es consciente.

No ha terminado de sentarse y acomodarse del todo cuando automáticamente, casi sin pensar, abre y mira su correo electrónico, el que ella misma se ha configurado, y donde le esperan siete nuevos *e-mail* de los cuales cuatro son de su jefe; *no son muchos, podían haber sido más*, piensa a la vez que se pregunta *¿Qué querrá ahora? ¿Los entenderé?* Alguna broma por este motivo –el de la facilidad de expresión de su jefe– siempre sin malicia y sin más trascendencia que la que únicamente pudiera derivarse por haberse divertido un momento y echado unas inocentes risas –le encanta reír– ha gastado con los itinerantes –curiosamente, ella ostenta ya el record de permanencia– compañeros que han

pasado por la oficina; la última era una chica encantadora, la única con la que de verdad ha congeniado pese a lo diferentes que eran y que la primera impresión, como casi siempre le ocurre en estos casos con otras mujeres, no fue absolutamente positiva –*literalmente expresó: me parece muy española*–.

Antes de ir a la máquina expendedora de presuntos cafés a por un cortado, hasta que no lo toma dice no sentirse suficientemente despierta y despejada para trabajar,

madas sin responder– y, a continuación, marca el número de su amigo y compañero de equipo, que no siempre tiene el teléfono operativo, que no va todos los días por la oficina y que, cuando va, no lo hace siempre a la misma hora ni en el mismo medio de transporte, que no siempre se queda el mismo tiempo, que todos los días no se sienta en el mismo sitio y que mientras está por allí entra y sale a su libre albedrío; su amigo que siempre le dice que a él lo separe, tanto para lo bueno como para lo malo, del resto del mundo que no lo junte con los demás, y del que está segura que puede confiar en él al cien por cien, aunque para fastidiarlo le diga que sólo lo hace al noventa y nueve por ciento, que se reserva, pues nunca se sabe, el uno por ciento por si algún día falla.

Hace la llamada, se saludan y cuando él le pregunta *¿cómo estás?* ella responde con un breve y escueto *aquí*, lo que le ha obligado a él a aprender poco a poco, lentamente, a identificar su estado de ánimo simplemente por el tono de su voz en ausencia de una contestación expresa. Luego charlan un rato más o menos largo dependiendo de la urgencia que ella impute a los correos del jefe, al resto de sus quehaceres y de lo más o menos estresada que esté, como le gusta decir, y tras asegurarse de que él viene –ayer le dijo que hoy vendría– de camino a la oficina y que le traerá un café del bar de abajo, evitándole el sucedáneo de la máquina, se despide de él de golpe, quebrando la conversación, con un *bueno, te dejo, ahora nos vemos, chao*.

coge el teléfono, mira si ha habido llamadas después de salir ayer y antes de entrar hoy que hayan quedado registradas en el contestador –al jefe le obsesiona que queden lla-

Él entra en la oficina, ciertamente no siempre tratando con delicadeza la puerta, cuando así ocurre ella le recrimina verbalmente por el susto que le da, la altera en su concentración laboral; él le entrega su café que ella siempre recibe con un gesto de agradecimiento. El va



a su sitio, no siempre el mismo, enciende el ordenador y se sienta a atender sus cosas. Tras bebérselo sin dejar de trabajar, ella le pregunta qué está haciendo –él sabe que va a requerir su colaboración y siempre está disponible– para a continuación decirle, cada vez menos frecuentemente por ser cada vez más capaz y autónoma (lo que a él le produce un sentimiento de orgullo), lo que juntos tienen que hacer ese día: una propuesta para un cliente, una noticia para la página web, un análisis de la competencia... cualquier cosa que se le haya ocurrido al jefe y lo haya solicitado urgentemente *para ayer* en cualquiera de sus cuatro crípticos *e-mail*.

El método de trabajo siempre es el mismo, no varía: a él le gusta remolonear y jugar con un poco antes de empezar, con los años es la forma que tiene de generar y ordenar ideas en su cabeza para realizar la tarea que les espera; ella, ajena a esta razón, sencillamente porque también le divierte, se lo consiente unos breves minutos, luego le mira severamente y le dice –señalando con un gesto de cabeza al ordenador– *ya vale, venga, que tengo mucho que hacer!* Y simultáneamente se yergue, se pone seria y concentrada, sitúa sus manos sobre el teclado, hace un movimiento como para coger impulso y, cuando él cree que va a empezar a escribir y sus dedos van a ser resolutivamente imparables, ella desde su profesional estática postura lo mira –como se mira un coche que no arranca– y le hace un gesto –levantando los hombros y la barbilla– que significa... *¿Qué esperas para empezar? ¿Qué pongo? ¿Por dónde empiezo? Dime.*

Él la mira, no puede evitar sonreír, le invita a que esta vez sea ella quien comience, obviamente ella se niega con palabras y gestos –que le descomponen un poco la figura– y aduce su razón favorita, pues la encuentra inapelable, para denegar el honor: *no se me ocurre nada* y a continuación sincronizados ella recomponen su postura; él dice: *está bien, vamos!?"*... y juntos, al unísono, se ponen a trabajar. Poco a poco, sea lo que sea, nada se les resiste, lo van haciendo y adelantando, son meticulosos y no dejan nada al azar. Por ello de vez en cuando tienen que retroceder para poder seguir avanzando; y juntos aprenden despacio, y también juntos disfrutaban por igual mientras lo están realizando y al final antes de decidirse a darlo por definitivamente terminado se preguntan mutuamente:

*¿Cómo lo ves? ¿Está bien así o cambiamos algo?* Para responderse con un *déjalo así y vamos a mandárselo ya por e-mail, sea como sea que lo demos por definitivamente hecho y finalizado cuando lo vea, siendo como es seguro que al jefe no le gusta del todo y cambia algo.*

Tras compartir el rato de la comida –al respecto, son de variadas costumbres, cada día hacen una opción diferente– y un breve descanso, unas veces, las más, con charla, confidencias, bromas y risas y alguna vez, las menos, con alguna discusión y discrepancia, vuelven al tajo y en alguna ocasión, cuando son ya los únicos y los últimos que quedan en la oficina, compartiendo la satisfacción de los que tienen todo el trabajo terminado y bien hecho, durante los minutos previos que anteceden a la salida, han disfrutado escuchando música de forma cómplice en el ordenador, mostrándose mutuamente las canciones que les gustan.

Así, con el pasar de estos creativos ratos llenos de instrucción e imaginación, mutuamente enseñándose, conociendo y conociéndose poco a poco, lentamente van aprendiendo, ella de la experiencia y él de las ganas y la ilusión, que lo verdaderamente importante cuando se escucha y comparte debe saborearse con calma, sin prisa, tranquilos, para que se solacen los sentidos, perdure en el recuerdo y se vaya olvidando despacio.

Y todos los días, pasada la media tarde, siempre con exactitud prusiana en el mismo intervalo de tiempo vespertino de no más de cinco minutos de duración, llega el final de la jornada. Es el momento de recoger, de abandonar inexcusablemente la oficina –a ella más le vale ser exquisitamente puntual en su hora de vuelta a casa– cada uno apaga su ordenador y los dos a la vez, tras asegurarse que todo está en orden, abandonan la oficina; ella le cede siempre el paso al salir, ya que es quien tiene la llave que cierra la puerta, van bromeando hasta el ascensor donde ahora es él quien le cede el paso. Ya en la calle se despiden; ella va a su metro, él a su coche, tras ofrecérselo y ella denegar el ofrecimiento, los dos saben la causa: esa inexplicable y absurda hipoteca que la tiene presa y debe cambiar; eso sí, antes de separarse diariamente ella le pregunta: *¿Vienes mañana?*; y él, mirándola le responde: *¿Mañana?... mañana, sí.*

El Equipo Avatares Cotidianos nació en 2009, en Madrid, y está formado por Julio Bonmatí Martínez y Aurelia Anamariá Rus